

Eramos cinco vocales bajo la presidencia del general. Confieso que nosotros cuatro votamos la muerte. Entonces el presidente del consejo exclamó:

—No creía yo presidir una corte marcial. Yo voto por la absolución.

—Que viva la vaca, gritamos todos con entusiasmo.

Al día siguiente Alzati marchó de nuevo á Huetamo á conseguir recursos. Volvió algunos días después, y antes de verlo asomar del otro lado del río, escuchamos su voz alegre y clara que decía:

Me fui para el Ahuejullo,
Me amaneció en la cañada,
Me acordé de mi trigueña;
¡Qué Ahuejullo, ni qué nada!

El general, á consecuencia de lo que le dijo Alzati, no tuvo ya inconveniente en marchar á Huetamo.

En cuanto á la vaca, fué á aumentar el ganado de la insurgente en los terrenos de Guayameo, para que aquella señora tuviese un recuerdo de la segunda guerra de independencia.

CAPITULO XXXIX.

(1866)

Situación del general Régules.—Campana de Méndez.—Fusilamiento de Nieves Sosa.—Villada en Tancítaro.—Derrota de Granados y muerte del manco Espinosa.—Pacificación de la línea de Apatzingán.—Expedición de Régules.—Comunicaciones cambiadas entre este jefe y Riva Palacio.—El coronel Lalanne.—Combate con la columna del baron Aymard.—Toma de Anganguero.—Derrota de imperialistas en las inmediaciones de Morelia.

Dije en su lugar oportuno que el general Régules, después de su corta permanencia en las Balsas, había llegado á San Antonio de las Huertas. Allí activó sus trabajos para la reorganización del ejército, secundado eficazmente por Méndez Olivares, Tirado, Velasco y demás jefes de infantería y caballería: su secretario, el Lic. Francisco W. González, era infatigable en el trabajo de gabinete, si bien por entonces no podía el Cuartel General extender su acción más que á una parte del Estado de Michoacán. En las épocas anteriores, el general en jefe del Ejército del Centro mandaba con facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Colima, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, y en los distritos primero y tercero del Estado de México, distritos que hoy forman los Estados de México y Morelos. Esta extensión era la cuarta parte del territorio mexicano, y tanto por estar interrumpidas las comunicaciones con el presidente Juárez, como por la suma de facultades de que se hallaba investido el general en jefe del referido ejército, aquello venía á constituir una especie de gobierno libre é independiente, cuya administración requería práctica en los ramos que la constituyen, ó las aptitudes que

distinguen á los hombres de Estado. El general Régules era un soldado valiente en la extensión de la palabra, buen táctico para la guerra de montaña, infatigable en las marchas, y conocedor, como nadie, del terreno en que peleaba; pero enteramente profano en la ciencia del gobierno. Sin la ayuda de González ó de otro como él, con dificultad habría hecho frente á la situación. Por aquel entonces la acción del Cuartel General no traspasaba los límites de Michoacán.

El Lic. Mendoza, Gobernador del Estado, funcionaba en un círculo todavía más estrecho, y aunque era hombre de reconocido talento, como sus atribuciones eran de carácter casi enteramente civil, sólo podía ejercerlas en los lugares ocupados materialmente por nuestras tropas, y en aquellos días lo estaban nada más el departamento de Huetamo y parte de cada uno de los de Zitácuaro, Ario, Tacámbaro y Apatzingán. Por este motivo, Mendoza, que había situado su residencia en la primera de las poblaciones expresadas, se consagraba más bien, con todo empeño é inteligencia, á vigilar los trabajos de la maestranza para la construcción de parque, fornituras, vestuario y demás equipos de guerra, que á los asuntos administrativos del Estado. Tenía como secretario de gobierno á D. Antonio Espinosa, hombre de carácter enérgico, de ideas firmes y de acrisolado patriotismo. Mendoza procuró que á todo trance siguiera publicándose el periódico oficial *La República*, redactado por D. Gregorio Pérez Jardón, y en las ausencias de éste, por quien escribe las presentes líneas.

Tal era la situación á mediados del año de 1866. Por aquellos días habían cesado las operaciones de guerra, pues sólo daban señales de vida las pequeñas fuerzas republicanas de Zitácuaro; Villada en Apatzingán, y en la región de Coeneo Arias, Garnica y Ronda, reunidos con los guerrilleros del Estado de Guanajuato, que perseguidos allí, encontraban su retirada en el Norte de Michoacán.

En la línea de Tacámbaro y Ario había también algunas partidas. Entre ellas la de Nieves Sosa, vecino de este último lugar, ranchero patriota y valeroso que había abandonado sus pequeños intereses y su reciente hogar para combatir contra los invasores.

Sorprendido por las fuerzas de Méndez el 14 de Junio en el rancho de Corral de Piedra, fué conducido á Tacámbaro y llevado luego, pie á tierra, atado con una cadena hasta Ario, con objeto de fusilarlo en aquel lugar. Al saberlo el vecindario, procuró libertar del suplicio al honrado guerrillero. A este fin, muchas señoras y señoritas se dirigieron al alojamiento de Méndez, y allí tomó la palabra, á nombre de ellas, Doña María Bejarano, anciana respetable que había criado á Méndez en los primeros años de la vida de éste. El jefe imperialista dió á las señoras su palabra de que Sosa no sería fusilado. Todo el mundo adquirió confianza, pues Méndez regresó á Pátzcuaro dejando en Ario el preso á disposición del comandante militar, teniente coronel Juan de Dios Rodríguez, quien procedió á juzgarlo sentenciándolo á la pena de muerte, circunstancia que no alarmó á sus intercesoras porque contaban con el indulto. Sin embargo, Rodríguez mandó encapillar al reo el día 20. Sabedoras las señoras de que Méndez iba á llegar ese mismo día, salieron á encontrarlo á la orilla de la población, en el punto llamado La Garita. Allí renovaron sus instancias y súplicas, á las que fingió acceder aquél, disponiendo en alta voz que se suspendiese la ejecución, á cuyo efecto envió un ayudante á que hablara con Rodríguez; pero al darle la orden le hizo una señal de inteligencia en sentido contrario. El ayudante y el teniente coronel Rodríguez anduvieron tan listos, que en el acto fué sacado Nieves Sosa de la capilla, y con la cadena al pie, conducido junto á la iglesia, en donde fué asesinado. Las señoras oyeron los disparos, y llenas de indignación increparon á Méndez, diciéndole una de ellas:

—“Dejara vd. de ser traidor.”

No se contentaron los asesinos con lo hecho, sino que mandaron levantar un poste y colgaron de allí el cadáver, sin permitir que se le diese sepultura. La población entera protestó contra este acto de crueldad y de infamia. Méndez conocía á Nieves Sosa y le constaba que era hombre de bien y de sentimientos generosos; así es que su conducta en este caso fué cruel y dictada por el furor del espíritu de partido. Doña María Bejarano se afectó tanto de este suceso, que falleció

de un derrame de bilis, á los dos días, maldiciendo á su hijo adoptivo "el traidor Ramón Méndez."

Dejamos á Villada trasladándose á Tancítaro con cerca de trescientos hombres entre infantería y caballería.

Lo llevaba, al emprender esta expedición, tanto el deseo de mejorar de clima, cuanto el de encontrarse entre los suyos, puesto que los vecinos de aquel pueblo se han distinguido siempre por su amor á la patria y á las instituciones liberales. El 4 de Junio se le incorporó el coronel Francisco Magaña con treinta hombres bien armados y montados. Magaña era un jefe circunspecto, instruido y valiente, que pertenecía á los restos de tropas que habían emigrado de Jalisco á Michoacán.

Villada, además, buscaba en Tancítaro mejores elementos para dar pábulo á su espíritu organizador, pues esta cualidad y la del talento administrativo han sido las más culminantes de su conducta pública; mas en aquellos días, no obstante su perspicacia, no llegó á saber que estaba siendo objeto de una combinación que tramaban los comandantes militares de Zamora y Uruapan, Carriego y Vargas Madrigal. Suponiendo á Villada en Apatzingán, debían dirigirse á esta ciudad una fuerza de Zamora y otra de Uruapan; aquélla para dar el ataque directo y ésta para cortar á los disidentes la retirada hacia el Sur de Ario y Tacámbaro. Villada tuvo la fortuna de desbaratar aquel plan con sólo haberse movido de Apatzingán á Tancítaro.

La fuerza imperialista de Zamora, á las órdenes del comandante Ignacio Granados, se componía de doscientos infantes y de cincuenta jinetes, mandados éstos por el *manco* Espinosa, valiente, audaz y conocedor del terreno. El día 3 había salido esta tropa de Zamora, y al llegar á los Reyes, supo Granados el movimiento ejecutado por Villada. Sin pérdida de tiempo, y bajo la sugestión de los consejos de Espinosa, no esperó el día convenido con Vargas Madrigal, sino que en el acto continuó su marcha, logrando sorprender á los republicanos la mañana del día 5. Apenas tuvieron éstos tiempo de ensillar y dispersarse en distintas direcciones. Villada mon-

tó á caballo y salió á carrera abierta, seguido solamente del capitán Félix Esparza y de ocho ó diez soldados de éste, y tomó el rumbo de Apatzingán, abriéndose paso por entre los contraguerrilleros del *Manco*; mas habiendo alcanzado en el camino á la pequeña partida de Magaña, al frente de ella pudo ya batirse en retirada. Llegó al punto en que el descenso del camino es muy rápido y, comprendiendo que allí iba á ser aniquilado por la caballería imperialista que lo perseguía, se resolvió á luchar, mejor dicho, á morir luchando en buen terreno. Ordenó media vuelta y se lanzó sobre la guerrilla de Espinosa, trabándose uno de esos combates encarnizados en que de una y otra parte se tiene la resolución de morir, antes que cejar ante el enemigo. En medio de la pelea se encontraron Villada y Espinosa, que se conocían personalmente: se echaron encima los caballos y á quemarropa se *exprimieron* las pistolas, tocando al primero la fortuna de *meter* una bala en la cabeza de su adversario. Al ver caer á Espinosa, sus soldados huyeron, replegándose á Tancítaro y arrastrando en su fuga á los infantes que iban cubriendo la retaguardia. Justo es recordar que en este terrible combate se batió como un león el entonces capitán y hoy coronel Arcadio Ruiz Zepeda.

Villada siguió entonces tranquilo su retirada, pues tenía la seguridad de no ser ya perseguido, pero á poco andar lo alcanzaron correos enviados por vecinos de Tancítaro, avisándole que la fuerza de Granados estaba completamente demoralizada y en alarma, porque se decía que una numerosa fuerza republicana se aproximaba por Araparícuaro. En el acto contramarchó aquel jefe, y como á las tres de la tarde, en que ya había subido la cuesta, dió orden á varios de sus jinetes para que, colocados de trecho en trecho en un camino paralelo al que él llevaba, arrastraran ramas de árboles á fin de levantar una larga polvareda, al mismo tiempo que el resto de sus hombres gritaría: *¡Viva Régules! ¡Allí viene el ejército!* Al ponerse en ejecución esta estratagema, él avanzó al galope hasta la orilla de Tancítaro y penetró en las calles haciendo disparos. Los *mochos* no aguardaron más: á escape salieron en verdadera dispersión sin detenerse hasta que entra-

ron á los Reyes. Desde allí dió parte Granados de haber derrotado á Villada, haciéndole cuatro muertos, tres heridos y un prisionero, no teniendo por su parte que lamentar más que la muerte de Espinosa, "*victima de un ataque de apoplejía en los momentos del combate.*"

Villada quedó dueño de la plaza, con los elementos que allí y en el camino dejó el enemigo, y en la noche fué objeto de una entusiasta ovación por parte del vecindario. Pronto se esparció la noticia de este hecho de armas, y antes de tres días todos los dispersos se le habían incorporado.

El triunfo de este jefe no fué sólo un notable hecho militar: importó para la causa republicana el haber recobrado la extensa línea de la tierra caliente. La muerte de Espinosa, que era el azote de las pequeñas partidas liberales, dejó á éstas sin aquel enemigo terrible. El imperio perdía sus departamentos de Coalcomán y Tancítaro, conservando en el último solamente á los Reyes, á Zamora y La Piedad.

Vargas Madrigal, sabedor de este acontecimiento, no salió ya de Uruapan, en donde por de pronto creyó más necesaria su presencia para sofocar las manifestaciones de alegría que los vecinos del lugar trataron de hacer por el triunfo de Villada.

Méndez, que recorría incesantemente su línea de destacamentos, supo en Tacámbaro la noticia del descalabro sufrido por Granados, é inmediatamente se dirigió á Uruapan para emprender la persecución de Villada, pero este jefe se retiró á Apatzingán y aquél no penetró en la tierra caliente, por faltarle, como guía inteligente y seguro, el *manco* Espinosa.

Entretanto Régules seguía, en San Antonio de las Huertas, aumentando poco á poco su tropa. Cuando su efectivo llegaba ya á mil hombres, emprendió una de sus acostumbradas excursiones. Penetró al interior del Estado y se dirigió luego al departamento de Zitácuaro, llegando á la hacienda de la Florida el 23 de Junio con ánimo de atacar la heroica ciudad que entonces tenía una guarnición de ciento cincuenta argelinos, doscientos zuavos y cien *mexicanos*.

En aquella finca se unieron á Régules Eguiluz, Germán Contreras, Castillo y Granda con sus respectivas fuerzas. Sin

detenerse, marchó Régules sobre Zitácuaro, al mismo tiempo que los franceses y traidores que la guarnecían salieron, al parecer, á su encuentro, pero en realidad para emprender á toda prisa su retirada. En efecto, en el punto llamado la Garita cambiaron de rumbo y se dirigieron al Valle de Bravos (primer distrito del Estado de México), incendiando nuevamente á su paso los pueblos de San Miguel y San Francisco Coatepec. Las fuerzas republicanas ocuparon la plaza, y Régules mandó destruir las fortificaciones que había levantado allí el enemigo.

No dejaban de producir buen efecto moral estas excursiones de Régules, cuyo mal lado era no dejar cubiertos los puntos de retirada, como se hizo siempre cuando el Cuartel General estuvo á cargo de Arteaga y de Riva Palacio.

"En esta época, dice Niox, fué cuando el emperador Maximiliano preguntaba al mariscal si el ejército francés dejaría invadir todo el territorio de Michoacán sin terminar su pacificación. La rapidez asombrosa con que Régules reformaba cuerpos de millares de hombres, cuando la víspera se le creía extenuado, aniquilado, da la idea de los recursos que le ofrecían sus Estados. Los reproches que el emperador Maximiliano dirigía tan amargamente al mariscal Bazaine, con motivo de las continuas insurrecciones de Michoacán, prueban que no se daba cuenta del verdadero espíritu del país y de la imposibilidad de reducir alguna vez á un enemigo así organizado."

El general Régules permaneció en Zitácuaro muchos días; y lo dejaremos allí para reanudar el relato referente á Riva Palacio.

Habíamos llegado á Huetamo á consecuencia del resultado obtenido por Alzati en la comisión que se le confiara, la cual consistía en arreglos con Régules para que Riva Palacio volviera al servicio. En esta virtud, desde aquel lugar dirigió al general en jefe la comunicación siguiente:

"Restablecido enteramente de los males que por espacio de tres meses me habían impedido seguir prestando activamente mis servicios en el Ejército del Centro, marcharé el

lunes próximo á encargarme del gobierno del primer distrito del Estado de México, que me fué encomendado por el C. Presidente de la República, esperando, al ponerlo en su superior conocimiento, se sirva designarme el punto en donde deba recibir sus órdenes. — Huétamo, Julio 3 de 1866. — *V. R. Palacio.*”

A esta comunicación respondió el Cuartel General desde Zitácuaro con la que sigue:

“Quedo enterado de que habiéndose restablecido ya de sus enfermedades marcha á encargarse del Gobierno y Comandancia militar del primer distrito del Estado de México, que tuvo á bien conferirle el Supremo Magistrado de la República.

“En cuanto al punto donde debe situarse para comenzar sus trabajos, este Cuartel General cree que el más conveniente por ahora es Luvianos, á donde tiene noticias existe una reunión de fuerzas que se han levantado en favor de la independencia, procedentes de Tenancingo y Tepaloya, para que poniéndose al frente de ellas, proceda desde luego á su aumento y organización.

“Espera este Cuartel General estará en frecuentes comunicaciones con él, participándole sus movimientos y adelantos, por serle enteramente necesarias estas noticias para sus operaciones ulteriores.

“Independencia y Libertad. Cuartel General en Zitácuaro de Independencia, 17 de Julio de 1866. — *N. de Régules.*”

Luvianos es un rancho aislado en un rincón del Estado de México: era el punto á donde debía marchar Riva Palacio á ponerse á la cabeza de gente desconocida que se decía acababa de tomar las armas en defensa de la patria. No se le daba para que lo acompañase á uno siquiera de sus antiguos compañeros, Castillo, Granda ó Acevedo. Menos se le confiaba una fuerza mayor, aunque no fuese una división, como él, Riva Palacio, había puesto á las órdenes de Régules, cuando el Cuartel General estaba á su cargo. Lo positivo era que el Cuartel General imponía un verdadero destierro al ex-general en jefe.

Riva Palacio se disgustó profundamente de esta conducta

de Régules, y se propuso renunciar el gobierno del primer distrito, resuelto á abandonar á Michoacán é ir á prestar sus servicios á las órdenes del general D. Porfirio Díaz en el Ejército de Oriente.

Arreglaba ya su viaje, cuando recibió una carta de D. Benito Juárez que le impidió verificarlo. La carta, en lo conducente, dice así:

“El Paso, Mayo 11 de 1866. — Sr. General D. Vicente Riva Palacio. — Mi estimado amigo: En 9 de Marzo,¹ contestando la carta de vd. de 5 de Noviembre, entre otras cosas le dije lo siguiente: “Hizo vd. bien en reasumir el mando mientras el Gobierno disponía lo conveniente, supuesto que era vd. el jefe más caracterizado que había, con la circunstancia de que era de acuerdo con los demás jefes del ejército.

“Supongo que á la fecha estará ya encargado del mando el Sr. General D. Nicolás de Régules, pues cuando en Noviembre llegó á mi noticia el suceso desgraciado del día 13 de Octubre, lo nombré desde luego general en jefe y se le remitieron por triplicado y por conducto seguro las órdenes respectivas. Sin embargo, si el Sr. Régules, por imposibilidad física ó por ausencia no se hubiese recibido del mando, debe vd. continuar en él, entretanto: con el aviso de vd. el gobierno dispondrá lo que convenga; lo que importa es que se conserve la unidad del mando en el ejército, y que la administración pública en esos Estados no se paralice por falta de jefes autorizados competentemente.”

Como se ve, esta carta no tenía el carácter de contestación, sino que era espontánea por parte del Sr. Juárez, quien en previsión de que ocurriera nueva falta de general en jefe del ejército, dictaba oportunamente sus disposiciones. En consecuencia, el general Riva Palacio no debía ya retirarse de Michoacán.

Es probable que el general Régules haya recibido otra relativa á esta disposición: así lo indican hechos que se referirán más adelante y la comunicación que sigue, cuyo tono difiere notablemente del que el mismo jefe empleó en su nota oficial anterior.

¹ La carta á que se refiere el Sr. Juárez no llegó á poder de Riva Palacio.

“República Mexicana.—Ejército del Centro.—General en Jefe.—La fuerza que se pronunció en Metepec en favor de la independencia, á las órdenes del teniente coronel Abraham Plata y del comandante Néstor Meraz, no pudo dirigirse á Luvianos como estaba acordado, sino que marchó al monte de las Cruces, en donde se encuentra hostilizando al enemigo. No contando vd., pues, con este apoyo, suspenderá su marcha al segundo punto mencionado, y *si no tuviere inconveniente*, se presentará á este Cuartel General, para arreglar dónde será más conveniente se sitúe para continuar los trabajos de reorganización del distrito de su mando.

“Independencia y Libertad. Cuartel General en Zitácuaro, Julio 20 de 1866.—*N. de Régules*.—C. General Vicente Riva Palacio, Gobernador y Comandante militar del primer distrito del Estado de México.—Donde se halle.”

La permanencia del general Régules en Zitácuaro fué, por otra parte, fructuosa: había organizado su fuerza, infundiéndole disciplina; había mandado construir parque, aprovechando el plomo que proporcionaba la hacienda de beneficio de Trojes; se había hecho de recursos y volvía á ponerse en comunicación con Huetamo. En suma, estaba en aptitud de pelear, y se propuso desde luego ir á atacar á Angangueo; pero Méndez se anticipó á estas operaciones, y á marchas forzadas se dirigió á la línea de Oriente, llegando á Zitácuaro el día 29 de Julio. Régules se retiró á Tuzantla, y Méndez, que tenía horror á la tierra caliente, evacuó la plaza en la madrugada del 31, tomando el rumbo de Maravatío. Cuando lo supo Régules regresó á Zitácuaro, resuelto siempre á emprender su marcha sobre Angangueo. Envió á Lalanne por el camino de México á cubrir aquel punto, y el grueso de la división emprendió su marcha al día siguiente (8 de Agosto) al amanecer.

Lalanne, con los pocos, pero valientes soldados que mandaban Acevedo y Luis Malo, avanzó hasta el Mayorazgo, acercándose á las inmediaciones de esta hacienda en las primeras horas de la mañana del día 9. Menos de una legua le faltaba para llegar á aquella finca, cuando al aproximarse á una cer-

ca observó que un hombre hacía señas con el sombrero, y no tardó en reconocer que era el administrador del Mayorazgo. Lalanne mandó hacer alto á su tropa y avanzó solo hasta donde se hallaba aquel individuo, quien le dijo que los franceses avanzaban hacia el Mayorazgo por el camino opuesto. El coronel republicano quiso cerciorarse por sus propios ojos de la exactitud de la noticia, y acompañado del administrador fué á colocarse en una eminencia inmediata á la hacienda. En efecto, vió que penetraba en ella una columna en número de más de dos mil hombres. Era la división á las órdenes del general Aymard, la cual permaneció en el caserío como un cuarto de hora, continuando en seguida su marcha hacia el Suroeste; luego salió corriendo un peón, que se dirigió en busca del administrador, á quien avisó que los franceses se encaminaban á Zitácuaro por el rumbo de Angangueo. Oído esto por Lalanne, en el acto regresó al punto donde había dejado su caballo, montó, y á todo escape fué á incorporarse á su tropa; dejó ésta á las órdenes de uno de los jefes subalternos, y apretando el paso, atravesó cerros y llanos sin llevar camino, siguiendo sólo la dirección de Angangueo, hasta incorporarse á la división de Régules. A medida que iba alcanzando á uno de sus cuerpos mandaba hacer alto, disposición que era obedecida, porque Lalanne desempeñaba el cargo de Mayor general.

Régules, que caminaba muy avanzado de su tropa, observando que ésta no lo seguía, mandó uno tras de otro á varios de sus ayudantes para que se apresurase el paso. Entretanto llegó Lalanne, manifestándole que por su orden se había hecho alto. Sin oír más, Régules, montado en cólera, reprendió severamente á Lalanne; pero calmó su enojo al oír la noticia que éste le comunicaba. En consecuencia, la división, que estaba ya muy próxima á Angangueo, contramarchó á Zitácuaro, en donde se pasó una noche de alarma. A las ocho de la mañana del día 10 regresaron los exploradores, participando que no había novedad en el camino de Angangueo. El general Régules, al oír estos informes, apostrofó á Lalanne por la noticia falsa que había comunicado, conducta indigna de un militar; Lalanne palideció un segundo, y luego, encen-

dido el rostro y poniendo la mano en el puño de la espada, iba tal vez á cometer un atentado, cuando el vigía que estaba en la torre dió unas campanadas y gritó: ¡Los franceses! ¡Los franceses!

Entonces Régules, tendiendo su mano á Lalanne, le dijo:

—Perdóname, hermano; escoge el cuerpo que quieras y cubre la retaguardia para batirte como tú sabes.

El Mayor general, sin contestar á su jefe, fué á ponerse á la cabeza del batallón mandado por el coronel José María Castro, en tanto que la división salía por el camino de Laureles: á poco rato se oyó el fuego vivísimo que se cambiaba entre los "Cazadores de á pie" y la fuerza que mandaba Lalanne. Este se incorporó en la tarde al grueso de la división, avisando que los franceses se reconcentraron á Zitácuaro, derrotada su vanguardia. ¡La pequeña división de Régules se había salvado otra vez!

En efecto, Aymard marchó al día siguiente á Maravatio, en donde se le incorporaron otras fuerzas, y de allí emprendió el camino para México, en la marcha de concentración que hacían los franceses para evacuar el país.

Régules pudo entonces realizar su proyecto sobre Angangué. El, 24 á la cabeza ya de cerca de dos mil hombres, atacó aquella plaza, defendida por doscientos al mando de José Romero, quien al penetrar Régules á las fortificaciones huyó en completa dispersión.

El mes de Agosto concluyó con un nuevo asalto de los que acostumbraba el coronel Manuel González Guerrero en las calles de Morelia, verdaderas escaramuzas que no tenían más objeto que alarmar á la guarnición, y favorecer á los soldados de ella deseosos de desertarse. En esa vez (28 del mes citado) salieron en su persecución el comandante Ceballos y el capitán Plata con más de cien hombres de caballería. Los chinacos huyeron, pero á la buena hora dieron media vuelta, y como resultado de su arrojo, mataron á Plata, á ocho más de los imperialistas, é hicieron volver grupas á Ceballos.

CAPITULO XL.

(1866)

Recuerdos.—Café de Uruapan.—*El Pito Real*.—"La Mamá Carlota."—Aviso oportuno, ¿de los espíritus?—Los últimos franceses.—Rodeado de amigos.—La canción más popular.

Volvamos á Huetamo, y perdonen los lectores si de nuevo los ocupo con recuerdos personales, que me son cada día más vivos al par que dulces y melancólicos.

En uno de aquellos días el Secretario de Riva Palacio había recibido un poco de café, que le envió la persona más querida de su familia. ¡Café de Uruapan! Aquel fué un gran día para el general y sus dos compañeros. Para hacer honor al *grano de oro*, la comida de aquella fiesta tuvo el aumento de un platillo (no recuerdo si fué sopa ó *principio*), lo cierto es que no se limitaba al caldo y al cocido, que era nuestra comida habitual en Huetamo; soberbia, si se compara con la de costumbre en la campaña.

Estábamos ya sentados á la mesa, cuando llegó un correo y entregó á Riva Palacio un microscópico papel enrollado. El general lo desplegó cuidadosamente, se quitó los anteojos y leyó. Ni el Secretario ni el teniente coronel Verduzco se atrevieron á preguntar el contenido, pero ambos eran presa de una curiosidad extraordinaria, tanto más cuanto que veían que el semblante del general estaba encendido de emoción.

Comenzó la comida. Y es de suponer que el banquete no duró largo tiempo. El café estaba preparado y se sirvió en tazas de porcelana, cuyo albor se tiñó con ese tinte oleoso, característico del café de Uruapan. Con el humo que se des-